

Libres son las humanas voluntades,
 El cielo las crió sin ligadura,
 Y es todo lo demas curiosidades.
 Esto en language lleno de dulzura,
 Y en tono mas alegre que no el mio
 Cantó el pastor sentado en la frescura;
 Y porque vió que entraba su cabrío
 Ya tras la nueva yerba por el monte,
 Se fué tras él, y yo pasando el rio,
 El sol pasó tambien nuestro horizonte.

EGLOGA CUARTA.

Apenas Arcisio, poniendo fin á su canto, nos sacó de la agradable suspension en que nos tenia, cuando por entre una rama y otra vimos venir hácia nosotros un pequeño árbol, cosa cierto digna de contar, y que muchos de los que allí estábamos creimos que alguna amorosa ninfa de la vecina selva dentro de su misma corteza bajase á oir nuestra conversacion, ó que el poderoso canto de Arcisio trajese así los árboles, como en aquellas primeras edades del mundo lo hacian las rústicas zampoñas llenas de divinos ayres; por cuya ocasion ninguno hubo allí tan desenvuelto á quien un religioso temor no estrechase los hombros. Mas ya que el esperado prodigio mas á nosotros se fue llegando, todos con mucha risa celebramos nuestro pasado encogimiento, viendo el temeroso monstruo convertido en el pastor Delicio, que así vestido venia de floridos ramos, como si los pinos de aquella sierra nuevamente se hubieran hecho sus compañeros; en cuya apacible figura, segun despues nos contó, hasta entonces en la amada Erifile habia expiado un rui señor que en la mano tenia, y lo que mas era de mirar, el seno lleno de bellotas, así dulces y crecidas que

bien cuidámos todos que castañas fuesen, ahora en su cabaña las guardase, ó como se puede presumir, en alguna escondida encina, de adonde poco antes las hubiese cogido tan frescas y sazoadas como si aquel fuera su verdadero tiempo. Y sacándolas primero del seno fingia cortarlas de sus nuevos ramos, con que á todos en gran placer y risa obligaba á celebrar su apacible y donosa invencion; y él despues que en esto nos entretuvo un rato, desnudándose su artificial frescura, sentándose sobre un renuevo de encina así con gran donaire se puso á contarnos el origen de su nueva trasformacion. Vosotros sabreis pastores, decia él, que este pequeño ruiseñor, mostrándonos uno que en la mano traía, poderoso ha sido á grandes cosas hasta que vencido al fin de mis astucias preso como ahora veis está en mis manos; y para llevarlo á mi Tirrena sobre todas las cosas del mundo lo estimo, no tanto por el valor del presente como por el gracioso modo con que le hube, digno de ser contado donde pastores hubiere, bien que como yo tenia trazado de haberle, imposible fuera librarse que ya muchas veces con semejante invencion me ha sucedido coger un tordo, una mirla y un pardal, y aun lo que mas es de decir, la temerosa perdiz, que por miedo de la segunda caída por las quebradas hace su nido, de semejante invencion no se ha librado; y no como por ventura pensais con redés de fino

verde teñidas, ni con mis agudos ventores, diestros en hacer graciosos personajes, ni con el fingido boyezuelo, aunque entre las demas gustosa caza sea, ni con otras muchas mañas que sé y ahora sino temiera cansaros os contara de la misma suerte que por mi recreacion las uso; mas estas dejadas á parte, la que para estos pajarillos del famoso Montano aprendí pasa desta manera: Entre otras cosas, lo primero que hago es, á gran diligencia y cuidado mio juntar número de unos gusanillos que muchas veces habreis visto de noche así en la yerba resplandecer como si de resinosas teas juntas mil pequeñas lumbrecillas fuesen, y mientras la primavera no del todo tiene enjutos nuestros campos de las pasadas lluvias del invierno, asaz se hallan por los prados. De estos, como mejor puedo, ensartando á mi despacio gran número en un hilo, cuando hace oscuro, suelo enguirnaldar mi caperuza, y rodearme tanto dellos, que quien nuevo se hallare de mi invencion, creyendo que alguna nocturna deidad sea, apenas de rodillas se atreverá á mirarme, y aun á muchos he oido decir que no á otra cosa me sabian comparar que al estrellado Orion, ó al encendido carro que las horas de la noche alumbraba; pues esta invencion en otro mas agradable ejercicio, y usada de dia cuando á mí me parece tiempo conveniente, sutilmente rodeo con el estrellado hilo el nido del pardal ó ruiseñor que pretendo haber;

y hecho esto por particular gusto mio, recostado entre la yerba, y la vista atenta en el amado nido, apenas el dorado sol, llevándonos tras sí el dia, ahoga su lumbré en el tendido mar de adonde tambien nacen las tinieblas, cuando sin mirar al cielo mil estrellas y luceros veo con notable gusto resplandecer; y en esto por un rato entretenido, sacando mi arañuelo, que siempre en el seno como ahora le traía, y puesto en una larga vara, el que en descuidado sueño por seguro de mis asechanzas se tenía preso entre mis manos se halla. Y no penseis que por falta de aparejo en todo tiempo no pueda usar desta galana invencion, que no muy léjos de donde ahora estamos hay cierta yerba que yo conozco, cuyo verdadero nombre determinadamente no sé, mas su escondida raiz sobre la tierra tal propiedad tiene, que de noche no de otra suerte alumbra que si encendida brasa fuese, y no son pocas las veces que con ella he vestido los enroscados cuernos de mis carneros, ni menos las que en la ribera me han juzgado por dichoso, creyendo que de oro fino sean, y no de menor dignidad que aquellos que á la famosa Colcos dieron nombre. ¿Que os contaré, pastores, de las burlas que con esto por los campos he hecho, si no que alguna vez me ha sucedido dar sobresalto en el cuidadoso escuadron de las extrangeras grullas, y dejar con mi mucho resplandor su fiel centinela tan deslumbrada, que á manos la he

podido tomar? Y una cosa entre otras os certificado, que aquella misma piedra de que para defensa del sueño se aprovecha con esta astucia, antes que ella tenga lugar de apercebirse, he sido poderoso á sacársela de la mano; cuya virtud es tan maravillosa que quien en cierta disposicion de signo la menor parte de ella se atreviere á beber, de tal manera le abrirá los sentidos que sea poderoso á entender los secretos de la noche, los lenguages de las estrellas, y las calladas deidades que en ella presiden. Pues aunque cualquiera destas invenciones como yo las acostumbro usar es por sí sola suficiente á descubrirme cualquiera pequeña ave-cilla, esta que en mis manos veis no desta manera la cautivé, porque hoy bien salido era el sol cuando me hallé despierto en el mismo lugar que el dia antes á expiar el nido me habia echado, y viendo todo mi trabajo perdido, mas por entretenimiento que esperanza de la presa que hice, con estas ramas me cubrí de tal suerte, que quien mas atento me mirara con menos sospecha creyera que en nuevo árbol me habia convertido. Demas de esto, lo que á las ramas faltaba, así de yerba lo supe entreteger que á la vista mas atenta engañara, y puesto en esta figura á un lado de nuestra cristalina Erifile, placentera cosa era mirar las manadas de pajarillos que por mis floridos ramos se entraron, gozando á vueltas de su canto la diversidad de flores que en competencia unas

mas bellas que otras nacian á los primeros rayos del sol, enviando al cielo suavísimos olores, como en sacrificio y reconocimiento á los favores que dél reciben. ¿Que mas os diré, zagales, sino que estando yo desta manera ya del todo mudado en árbol, un ligero ciervo con las aspapas no menos bellas y crecidas que dos secos alcornoques, sin esquivarse de mí llegó á beber á la fuente, á coyuntura que si como otras veces me hallara con mi valiente y reforzado arco, allí muerto quedara por mí? Mas tan turbado me dejó el temor que ni aun abrir los ojos osaba. Pues veis aquí en este tiempo que entre una manada de pájaros sentí que el premio de mis trabajos venia, y todos escondiéndose por mi nueva frescura, si entonces me fuera dado espíritu de entender sus cantares, no poco gustosas me fueran de oír las admiraciones que de ver aquel árbol allí nuevamente nacido harian; porque así andaban subiendo y bajando por mis ramas como que no se hartasen de mirarme, y yo cargado de tantos dellos que juntos pudieran llevarme volando apenas cabia de placer rodeado de música y alegría, atento á mirar mi ruiseñor para hacer lance en cogerle. Mas él con tan varios y diferentes pasos de garganta se esforzaba á divertirme, como si viera mis pensamientos, ó fueran sus gorgeos poderosos á encantarme; unas veces embebecido en ellos con un levantado tiple me suspendia, y á los demas pájaros dejaba

hechizados y absortos en la suavidad de su lengua; y otras, como si fuera su maestro de capilla, parece les queria dar á entender los tonos y reglas de la música, como á él la naturaleza se los habia enseñado, diferenciándolos en mil maneras, ya con acentos y respiraciones largas, ya con otras aspiradas y breves, ya cortando y torciendo los puntos enteros, ya temblando la voz, y como si fuera otro pájaro contrahaciendo la suya misma, y contrapunteando en una suave y alegre armonía todo el artificio de sus cantares, en tantas diferencias y modos graves, agudos, sonoros y quebrados que el famoso vaquero Aristofanes, que por los montes se andaba aprendiendo á remedar la música de las aves, desta sola y de su arpada lengua sacara mas primores que de todo el resto de la destreza humana. Al fin, porque mi prolijo cuento no os dé en rostro, con esta astucia, cuando él mas embebido en su cantar estaba, de uno de mis ramos sutilmente le cogí, con que tan contento y victorioso me hallo que no sé donde ponerlo, ni como mejor regalarlo. Esto dijo Delicio y así el ruiseñor traia entre las manos, que codicioso de mirarlo cuando mas descuidado estaba se le voló dellas, y puesto en una ramilla empezó con mil cantares á solemnizar su libertad, y dar grita con placenteros silbos al descuidado pastorcillo, á quien tan corrido dejó la burla que las lágrimas le vimos en los ojos. Todos reímos el do-

naire, y mucho mas Clarenio, á quien el pastor no habia dado de sus bellotas, porque algo resabidos estaban desde el dia que en la sierra se desafiaron á cantar: eran ambos de edad florida, ambos enamorados, y ambos presumidos, uno de cincuenta cabras y otro de cien ovejas. Viendo pues Delicio el placer de su contrario, deseoso de olvidar su dolor y deshacer en algo la cólera, vuelto á Clarenio desta manera habló: si del bien ó mal de mis sucesos tanta parte te toca, estamos á lo menos en la que se sabrá cuyo es el premio y la honra, y de quién sola la presuncion. Y porque entiendas cuan bien fundada sienta la que ahora tengo de ganarte, demas del preciado mastin que he señalado por premio de tu victoria si de mí la alcanzares, de nuevo te prometo dos manchados cabritillos enseñados á saltar y jugar juntos con tanta gracia, que una oveja de lana mas blanca que la nieve y un zurrón de tiernas castañas, que para estar lleno le faltaba poco, Palemon me ofrecia por ellos. Estos pues ahora deposito en el poder de Rosanio, para que si por su sentencia contra mí los merecieres, sin inconveniente alguno te haga señor dellos. Yo, dijo entonces Clarenio, de mi ganado no quiero señalarte res alguna; pero demas del cuerno de miera que contra tu mastin tengo apostado, que como todos saben es su curiosidad digna de mucha estimacion por tener al rededor entalladas todas las enfermedades del gana-

do, y á cada una aplicada su medicina, un curioso vaso de liso avellano tengo, donde por extraño artificio á vueltas de otras maravillas verás entallados los doce trabajos de Hércules, entre los cuales el que mas á mi gusto está es cuando el viejo y nevado Atlante sobre sus fuertes hombros le ayuda á sustentar el grave peso de la celestial máquina, porque allí se goza de ver casi todos los signos y estrellas que la mas serena noche nos descubre y vende por suyas, puestas por sus esferas en tal artificio, que apenas la vista sabe decir si tambien allí guardan la velocidad de su curso, ó fijas en la madera solamente estan pintadas. Tiene por pie una enroscada culebra, que subiendo por el vaso arriba y asiendo la boca dél con la suya, hace una vistosa asa galana sobremanera; pues en lo que por de dentro encierra no fue tan descuidado su artífice que lo dejase vacío de su curiosidad, antes mostrándose allí mas ingenioso, donde apenas la mano cabe, delicadamente dejó esculpidas las siete maravillas del mundo, sin que faltase lugar, siendo todo él tan pequeño para el soberbio Coloso de Rodas, que en vano seis hombres procuraban abrazarle un dedo, ni para la famosa cerca de Semiramis coronada de deleitosos jardines, con la encumbrada torre de Faro; donde si en el vaso echares un poco de agua, dirás que van entrando por su barra las descarriadas naos á tomar puerto en alguna de las bocas del Nilo,

con todas las demas maravillas que ahora no cuento; certificándote que puede su curiosidad contarse entre una dellas. Este pues señalo contra tus cabritos, porque si te ganare no quedas agraviado. No quiso pasar Delicio por el concierto, aunque la presea lo merecia, porque la burla del ruiseñor le habia dejado con mas gana de llorar que de entretenerse cantando; y viendo Clarenio que no se concertaban en las apuestas, ni los premios le salian á gusto, tomó agudamente por ocasion picarle de tal suerte que con su canto á pesar suyo le ayudase.

CLARENIO. DELICIO. TORIBIO.

CLARENIO.

Dime, rústico y nuevo cabrerizo,

¿Como en mi ausencia á Delio te alabaste

De lo que tu zampona nunca hizo?

DELICIO.

¿Yo me alabé, ó tú que le contaste

Que en el rio dos veces me venciste,

Y un cabrito por premio me llevaste?

CLARENIO.

La flauta que á Polibo le vendiste,

Aquí te quiero yo, responde amigo,

Y dime sin pasion, ¿donde la hubiste?

DELICIO.

Nunca entraria yo por el postigo

A hurtarla á Meliso, cual tu entraste

Por su zampona, siendo yo testigo.

CLARENIO.

Si yo se la hurté, tú me ayudaste;
Mas para no ser tuyo el caramillo
Mucho perdiste, y poco aventuraste.

DELICIO.

¿Cuando yo te hallé tras el tomillo
Agachado de noche y expiando,
Quizá andabas á caza de algun grillo?

CLARENIO.

Estaba por ventura contemplando
Cuán justamente Tirsis dió el juicio,
En que aquel dia te venci cantando.

DELICIO.

¿A mí tú me venciste? ¿ó con Galicio
Tu rústica zampona resonaba,
Cual cordero llevado al sacrificio?

CLARENIO.

¿Quieres cantar á prueba? pues acaba,
Deja las burlas, vamos á las veras,
Veremos quien se ofende ó quien se alaba.

DELICIO.

Pon tú de haya aquellas dos horteras
Que ayer ponias, yo este caramillo,
Hecho de pegajosas ajonjeras.

CLARENIO.

Mas pon tu remendado cerbatillo,
Yo mi mastin ahogador de lobos,
Que tiemblan los mas bravos en oillo.

DELICIO.

Yo dos nuevos cayados de algarrobos
Pondré, pon tú el cordero, que perdido

Hallaste ayer al val de los escobos.

CLARENIO.

No aquel, mas sea este rabel polido,
Porque es de mi madrina la manada
Que me ves carear por el ejido.

DELICIO.

Alfeo dejará determinada
Nuestra contienda: vamos por Alfeo,
Que yo le dejé anoche en su majada.

CLARENIO.

Toribio cumplirá nuestro deseo,
Que es de juicio y seso mas maduro,
Y no lleva las cosas por rodeo.

DELICIO.

No te irás por hay, pastor, te juro;
Ven, Toribio, al ruido desta fuente,
Sal de la sombra del nogal oscuro.

CLARENIO.

No huyo yo, cabrero negligente;
Ven, Toribio, verás temblar mi canto
Al son que hace el agua en la corriente.

TORIBIO.

Cantad, que el cielo os cubra con su manto,
Y al son de ese dulcísimo ejercicio
Se cuaje el suelo de oloroso acanto.

DELICIO.

Toribio, este pastor que entra en juicio
Conmigo ahora, como no lo tiene,
Cobrarlo piensa con ageno oficio.

CLARENIO.

Este que á competir conmigo viene,

Toribio, es un pastor que cuando canta
Algun novillo pensarás que suene.

DELICIO.

¡Triste ganado á quien tal voz espanta,
Que es cual lobo que ahulla su ruido,
Y él piensa que su canto nós encanta!

CLARENIO.

Seca deja la yerba del ejido
La voz deste pastor: huid pastores
Canto tan duro, son tan desabrido.

DELICIO.

Ninfas, venid, gozad de mis primores,
Oireis mi dulce son antes que suene
El que os destierra dentre aquestas flores.

CLARENIO.

Haz, rústico selvagio, que se enfrene
Esa lengua, mas áspera y mas ruda
Que del novillo que al arado viene.

TORIBIO.

Aqueso no es cantar, mas guerra cruda;
Callad por Dios, y concertad el canto,
Dí tú Clarenio, y la sentencia muda.

CLARENIO.

Toque mi voz el estrellado manto;
Tú, dulce Apolo, haz, como lo puedes,
Que al mundo cause mi zampona espanto.

DELICIO.

Rústico Pan, así tu cuerpo enredes
Entre los brazos de una ninfa bella,
A honrar mi canto cabe mi te quedes.

CLARENIO.

!O si mis versos una rubia estrella
Entre estas verdes matas escuchara,
O yo pudiera con mis ojos vella!

DELICIO.

Mi Filis ques de hermosura rara,
Donde quiera que voy me va acechando:
¡O si tambien ahora me acechara!

CLARENIO.

Galatea conmigo anda jugando,
Llámame, vuelvo, y luego se me esconde,
Y huélgase de verme andar buscando.

DELICIO.

Canto á su puerta y Filis me responde;
Hiéreme por detras con el cayado,
Y luego se me va no sé por donde.

CLARENIO.

Dos tórtolas hallé en su nido amado,
Esas pienso enviar á mi Amaranta,
Luego que el dia asome por el prado.

DELICIO.

Una mina de miel me dió una planta,
Saqué una hortera para mi Tirrena,
Tambien mañana la enviaré otra tanta.

CLARENIO.

El panal mas sabroso á mi Filena
Es mi presencia, y mas cuando la envío
Una cestilla de manzanas llena.

DELICIO.

Cuando me aguarda Filis en el rio
Yendo á labar sus paños, luego pierdo

En el monte por ella mi cabrió.

CLARENIO.

Si yo soñando á Filida recuerdo,
Tal vez hay, que en no verla cual soñaba
De mi ganado ni de mi me acuerdo.

DELICIO.

Filida un dia á voces me llamaba,
Por zarzas fui corriendo á ver que habia,
Y cuando allá llegué burlando estaba.

CLARENIO.

A mí me llamó Filida otro dia,
Mas trájela en mis hombros fatigadas
Dos corderillas que perdido habia.

DELICIO.

Aquella que por selvas y quebradas
Seguirme hace amor, de mi se duele;
Bien que lo encubre, y borra las pisadas.

CLARENIO.

Tambien sé yo que mi pastora suele
Preguntar donde estoy, si no me halla,
Y llora porque vuelva y la consuele.

DELICIO.

Si yo hablo á Belisa, Filis calla
Y se enoja, y se va sin que aproveche
Quererla regalar ni regalalla.

CLARENIO.

Cuando mas enojada me deseche
Filis, ya sé que me harán su amigo
Una hortera de miel y dos de leche.

DELICIO.

Mi huerto por podar es buen testigo,

Que no ha pintado la primer manzana,
Y esta será de mi Amaranta digo.

CLARENIO.

Cogida tengo de una vid temprana
A Filis una cesta de dulzura
De tiernas uvas de color de grana.

DELICIO.

El granizo á la fruta no madura,
Derriba, el lobo estraga los ganados,
Y á mí de Filis la aspereza dura.

CLARENIO.

Dulce es el fresco humor á los sembrados,
Y al ganado es la sombra deleitosa,
Y mas Tirrena á todos mis cuidados.

DELICIO.

Abre el clavel, desplégase la rosa,
Brotó el jazmín y nace la azúzena,
En dando luz los ojos de mi diosa.

CLARENIO.

Si su beldad esconde mi Tirrena,
El jazmín cae, el azúzena muere,
Cuando de mas frescor y aljofar llena.

DELICIO.

Haz tú que el sol de Filis reverbere,
Y verás que el invierno desabrido
Con el florido abril competir quiere.

CLARENIO.

Vístase de mil flores el ejido,
Que si mi sol no abriere la mañana,
Todo queda en espinas convertido.

DELICIO.

Mas bella es mi Tirrena y mas lozana
Que las blancas ovejas de Taranto,
Y de árbol fertil la primer manzana.

CLARENIO.

Fresca es la fuente entre el florido acanto,
De rosas y violetas coronada;
Y mas es la pastora que yo canto.

DELICIO.

¡O si mi Galatea enamorada
Oyera aquí mi canto y sus primores,
Cómo fuera rendida y obligada!

CLARENIO.

Frescas guirnaldas de tempranas flores,
Ninfas, coronarán vuestros altares,
Si propicias guiais nuestros amores.

DELICIO.

Silvano, guarda fiel de los lugares,
Sea en tu altar pechero mi rebaño,
Si límite á mi mal le señalares.

CLARENIO.

A tí, Priápo, al renovar del año
En tu ara ofreceré templada leche,
Si pones fin á mi amoroso daño.

DELICIO.

Haz que mi canto Filis no deseche,
Y darte he, Apolo, en premio mi zampona,
Sin que Belona della se aproveche.

CLARENIO.

Calla rústico, que es tu voz ponzoña,
¿No miras como traes tu ganado,

Maganto, sin pacer, lleno de roña?

DELICIO. ¿Qué la bella es que se alborota?
Pastor, este Clarenio descuidado
Cuando acomete el lobo á su manada,
Él duerme, y se revuelve de otro lado.

CLARENIO. ¿Por qué esta fiera se alborota?
De Driadas y Faunos la sagrada
Junta, olvidado el baile, mis primores
Escucha en esta selva sosegada.

DELICIO. ¿O si mi Clarenio
Rústico, ¿tú no ves los burladores
Sátiros, como van de prado en prado.
Tus locuras riendo y tus errores?

CLARENIO. ¿Por qué esta fiera se alborota?
Corre, rudo pastor desacordado,
A algun charco, y allí de rana en rana
Aprende canto y son mas entonado.

DELICIO. ¿Siempre
Y tú busca zampona mas galana
Para tocarla fuera de la sierra,
Que no es la que ahora tocas toda sana.

CLARENIO. ¿A ti, Clarenio?
Dime, ¿cual es el ave que en la tierra
Sus escuadrones vela, y sin armarse
A la gente menuda hace guerra?

DELICIO. ¿Has que mi canto
¿Dime tú que animal suele bañarse
Para limpiar las aguas de la fuente,
Y deja de una vírgen enlazarse?

TORIBIO. ¿Cada vez que
El cielo ya, pastores, no consiente

Pasar de aquí vuestro divino canto,
Aunque el bosque os escucha alegremente.
Nuestro frágil saber no sube á tanto,
Vosotros ya tocais divina historia,
Que á mí es invidia, y á la selva espanto,
Callad, nuevos Apolos, y la gloria
De vuestras venas de oro suya sea,
Y á solo Apolo demos la victoria.
Y vuestra fama así crecer se vea
Cual crece el año con los nuevos meses,
El vivo fuego con la seca tea,
O con el aire las maduras mieses.